

¿Tiene usted ya  
el lujoso

# Almanaque

de

La Novela Semanal  
Cinematográfica

con el que se regala  
un estupendo

# ALBUM

(cubiertas de cartón y papel tela)

para coleccionar las  
postales del año 1924?

¡EXITO MUY JUSTIFICADO!

SE VENDE EN TODA  
ESPAÑA Y AMÉRICA LATINA

E. VERDAGUER MORERA.-TOPETE, 16.-TARRASA

# LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

N.º 141

25 cts.



LA  
PERFECTA  
COQUETA

por  
Colleen Moore  
y Frank Mayo  
**Filmoteca**  
de Catalunya

# LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

Redacción { Via Layetana, 12  
Administración { Teléfono, 4423 A  
BARCELONA

AÑO IV

N.º 141

## LA PERFECTA COQUETA

Modernísima comedia, interpretada por los  
eminentes artistas

COLLEEN MOORE

y

FRANK MAYO

Selecciones  
CAPITOLIO



S. HUGUET  
Provenza, 292  
Barcelona

Con esta novela se regala la postal-fotografía de  
ANNA Q. NILSSON



# La perfecta coqueta

---

*Argumento de la película de dicho título*

---

Hay muchas mujeres que viven una vida que no es la suya. Son las que no han sabido resolver este primer problema que debe afrontar toda mujer: ¿a qué clase de mujer debo parecerme para conseguir agradar a los hombres?

Al terminar su educación en un pensionado moderno, y de regreso en el seno de su familia, compuesta de su padre, hombre de negocios riquísimo, y de su tía Sara, respetable sexagenaria que ha suplido cariñosamente a su madre para educarla a la antigua usanza, Lizzie Pember envió cuatrocientas invitaciones para la reunión en la que había decidido presentarse en sociedad, y recibió cuatrocientas respuestas aceptando.

Lo natural hubiera sido que el día de la fiesta se presentaran los cuatrocientos invitados; pero llegada la hora... ¡misterio!... en la casa no había más de treinta personas.

Se trataba de un baile de máscaras, por lo que todos los asistentes a él debían ir con disfraz.

Eso le pareció a Lizzie un aliciente para atraer a la gente, y en efecto, bueno era el truco para permitir a las damas lucir vistosos trajes. Sin embargo, a juzgar por lo avanzado de la hora, ni con el pretexto carnavalesco vería Lizzie sus salones espléndidos de concurrencia.

El desengaño de la muchacha es terrible. No sabe qué hacer. Las lágrimas pugnan por brotar de sus lindos ojos.

Sólo tía Sara es partícipe de la amargura de su sobrina.

Otra mujer está al lado de la dueña de la casa, procurando infundirle ánimo para que no se deje vencer por el fracaso de su primera reunión. Aquélla es Gertrudis Trayler, belleza en la mitad de su vida, llena de encantos sabiamente conservados, cuya exclusiva preocupación consiste en encontrarse atrayente a sí misma cada vez que consulta el espejo.

Gertrudis es la única de las tres mujeres que hemos citado que comprende la causa por la cual la "soirée" no ha sido un éxito. ¡Lizzie es tan "sencilla"!

La "sencillez" suele ser un obstáculo poderoso a la diversión.

Se conoce que los trescientos setenta invitados que han faltado a su palabra se han hecho esa reflexión de Gertrudis y en lugar de ir a cumplimentar a la nueva niña de sociedad, se han quedado tranquilamente en casa.

Las pocas parejas reunidas en casa de Lizzie hacen los más variados comentarios alrededor del golpe moral que acaba de recibir la muchacha, y

procuran matar el tiempo lo más agradablemente posible.

De buenas a primeras los hombres rinden honores al exquisito ponche preparado en exorbitantes proporciones para los esperados cuatrocientos invitados. Esa operación preliminar predispone para el jolgorio.

Uno de los invitados, Freddy Brown, énvalentado por la bebida, se apiada de la infortunada Lizzie, y se acerca a ella para beber juntos, con la intención de que la muchacha, mareándose un poquito, se acuerde siempre de su primera reunión.

Tía Sara no ve con buenos ojos la galantería de Freddy... pero afortunadamente Lizzie no puede beber más de un dedo de ponche. ¡Está tan disgustada!

Dispuestos a no aburrirse *en familia*, los invitados, sin reparar mucho en la bondad o incorrección de la idea, se proponen hacer algo muy original.

—¡Hay más camareros que invitados!—había dicho uno de éstos contemplando a la legión de aquéllos formada en línea frente a las adornadas mesas.

Fué entonces cuando otro invitado soltó el plan que fraguó su ingenio.

—Vayamos a servir a los camareros y luego inyectaremos un poco de "jazz" a esta velada necrológica.

La atrevida proposición del "fresco", aceptada unánimemente por el escaso resto de invitados, es puesta a la práctica.

El jefe se vuelve loco al ver que los camareros se sientan a las mesas dando muestras de satisfacción con aplausos y muy resueltos a comer opíparamente servidos por los invitados.

Ni que decir tiene que el desesperado *maitre d'hó-*

*tel* se apresura a ir a enterar de lo que ocurre a doña Sara y a Lizzie.

La tía ve por sus propios ojos la grosera broma que se han tomado la libertad de gastarles sus invitados, y, aunque su deseo es totalmente opuesto a ello, se resigna, por discreta tolerancia, a que la reunión concluya a gusto de los que se han "dignado" asistir a la misma.

Lizzie, conturbada, se expansiona con su amiga Gertrudis.

—Acabo de darme cuenta de mi terrible defecto... ¡Soy demasiado sosa para que nadie venga a mi casa para divertirse!

—Al fin ha comprendido usted sin ayuda extraña la causa del vacío que hay en sus salones. Los otros no han venido porque... la verdad... ¡tiene usted tan terrible fama de mujer seria, quieta e insoportablemente respetable!

—Así ¿creen que soy... una momia egipcia?

—Es usted igual que mi marido... demasiado serio para animarse, prefiere siempre que le dejen solo en casa con su radio. Cuando lo he arrastrado hasta aquí, ya estaba dispuesto a meterse en la cama.

—Mi mujer es muy exagerada—dice el marido en cuestión, apareciendo ante Lizzie y Gertrudis.

—¿Estabas ahí, Dick?

—Entre plantas y leyendo el periódico. No te niego que el sueño me hacía cosquillas de vez en cuando, pero un hombre debe saber dominar sus debilidades...

—Se te conoce en los ojos que ahora mismo ya dormías a pierna suelta... Pero, dime: ¿dónde has visto un Romeo con lentes?

—Bien sabes que soy corto de vista y que si

me he vestido de máscara no ha sido más que por complacerte y ser agradable a Lizzie. A mí no me gusta desenterrar a héroes de leyenda.

Tía Sara se reúne con su sobrina y sus dos compasivos amigos, y como les cuenta las escandalosas excentricidades que los invitados están haciendo, Gertrudis va a comprobarlo llena de curiosidad.

Doña Sara sigue a Gertrudis y juntas comentan el desastroso éxito.

En tanto, Lizzie y Dick, a solas, platican amistosamente.

—Mi primera fiesta es un fracaso, Dick... ¡creo no merecerlo!—se lamenta la muchacha.

—No es un fracaso..., es algo agradablemente distinto de las otras.

—Sí, pero mis amistades prefieren las que no son "agradablemente distintas".

—No se aflija, Lizzie. Voy a traerle algo para beber...; después estará usted más animada.

Dick se apodera en el salón de una bandeja llena de copas colmadas de ponche, y de vuelta al lado de Lizzie le ofrece una de ellas.

—Bebá, Lizzie, beba y no hore más. Esto no le hará daño. Vaya, yo la acompañaré, aunque no acostumbro beber.

—Sí, sí, quiero beber; me estoy muriendo de sed.

—Así, Lizzie... Le gusta, ¿verdad?... Beba más. Esto mata el dolor. El que ha preparado este ponche es una eminencia. Está en su punto. Brindo por usted, Lizzie, por su primera fiesta en sociedad que se va animando poco a poco... y que pronto será un señalado triunfo.

—¿De qué triunfo habla, Dick?

—Del de copas... Le gusta ¿eh? ¡Ya se ríe!

—¡Qué agitada está la mar!

—¿La mar? ¿Se habrá ahogado mi mujer, que no se ve por ninguna parte?

—¿Qué hacen allí aquellos cuatro?

—¿Cuatro? Me parece que los ha contado mal...: son ocho.

—Présteme sus cristales... *Costas de Levante—Playa de Llorct...*



—Beba, Lizzie, beba y no hore más.

—¡Por Dios!, no cante usted, Lizzie... ¡Estamos en una reunión! ¿Qué es lo que le hizo pensar ahora en Marina?

—Mi mareo... ¡Quiero desembarcar!...

—Serénese... Sea usted fuerte como yo...

—¡Oh, qué risa! ¡Cuántos besugos!

—¡Ay, qué merluzas!

—Oiga, Dick... Estaré con usted hasta que se vayan todos... Es usted un hombre serio... Su esposa me ha dicho que soy tan serio como usted.

—¿Mi mujer ha dicho que soy un hombre serio?

—Sí, y no lo puede usted negar...

—Pues no me conoce... ¡Soy un juerguista terrible!... Me marchó porque me considero demasiado peligroso para estar aquí.

—¡Yo voy con usted!... Gertrudis también me dijo que yo era demasiado serio.

—Vamos, pues, Julieta... Ya verás a tu Romeo haciendo locuras. ¡Oh, soy un tenorio!

—¡Quiero reír mucho, beber mucho, correr mucho, disfrutar mucho!

—Aquí está mi brazo. ¡Agárrate!

—¡No, por ahí no! Nos verían los carabineros...

—¡Qué carabineros ni qué ocho cuartos! ¡Si estamos en la luna!

—¿Y a dónde vamos?

—A comprar cacahuets para tu tía.

Al fin los mareadós levantan el áncora y no se detienen, haciendo eses, hasta un restaurant de las afueras de la ciudad.

Tía Sara, asustada por la ausencia de su sobrina, halla consuelo, aunque no tranquilidad absoluta a pesar de todo, en estas palabras de Gertrudis:

—Dondequiera que esté, si mi marido la acompaña, no tenga usted cuidado alguno...: estará completamente segura.

En el mencionado restaurant, Lizzie y Dick son reconocidos apenas entran en él, y como el mutuo "mareo" es de padre y señor mío, la toman con ellos y encierran a Lizzie en un reservado del piso superior.

Dick, que no se ha dado cuenta de que le han escamoteado a su Julieta, distrae unos momentos a los concurrentes del restaurant pronunciando discursos bélicos, de *época*, por lo extemporáneos.

—Yo soy... Oiga, preciosa niña, ¿quién soy yo?... ¡Ah, ya sé! Yo soy Herodes. ¿Ustedes no saben quién era Herodes? ¿No? ¿No lo saben? Pues yo tampoco, digo, sí, yo sí que lo sé. Herodes soy yo. Eso es, yo soy Herodes. ¡Viva Herodes!... Oye, tú, esclavo de smoking y servilleta al brazo, ¡córtales la cabeza a ese niño de ochenta años que se gasta los ahorros de su madre con esa tobillera que quiere seducirme! ¡Que se la cortes digo! ¡Alto! No se la cortes. ¡Eh!... ¡Ah!... ¡Oh! ¡Socorro! ¿Dónde está Julieta? ¡Auxilio! ¿Se marchó, la ingrata! ¡Julieta! ¡Julieta! Soy tu Romeo...

Desesperado Dick sale del restaurant y grita a todos los ecos el nombre de Lizzie, mientras en la fonda los clientes se reuercen de risa. Dos damas son asistidas por el dueño del establecimiento: una de ellas por habérsele escapado la peluca, y la otra por haberle saltado los dientes postizos, de tanta risa.

La cosa no era para una *asistencia* cualquiera, es cierto, pero como esas damas se preciaban de ser jóvenes e *integras*, los acompañantes de las mismas, que pagaban el gasto en todas partes a cambio de lucirlas con ellos, querían desnudarlas delante de todo el mundo, para ver si tenían algo más postizo. Para evitar el escándalo, el dueño del restaurant *asistió* a sus clientas. ¿Está entendido?

Lizzie había oído ya a Dick, y éste, a lo trovador—por una escalera de mano—, sube al balcón desde donde le ha contestado aquélla, para salvarla, en presencia de muchos conocidos de ambos.

No faltaba allí tampoco — para desgracia de la poética pareja —, el repórter fotográfico de la prensa de Nueva York, que aprovecha la aventura carnavalesca para dar pasto a las notas de sociedad de su periódico.

\*  
\*\*

A la mañana siguiente.

Ya se ha hecho público el tropiezo de Lizzie y Dick de la víspera.

Dice, en gruesos caracteres, el diario que ha recogido la noticia:

*Romeo y Julieta, encarnados en dos personas de la alta sociedad, acaban la noche en la delegación.*

Ese es el título de la novela sensacional.

No puede escapar a nadie su lectura, pues además acompaña al relato una fotografía de los protagonistas en lo alto de la escalera, en el momento en que, abrazada Lizzie a Dick, ambos se disponían a bajar.

Fué cuando pisaron tierra que la policía se los llevó a la comisaría para arreglarles las cuentas por infracción de la ley contra la bebida.

¡Nada, una aventura morrocotuda de dos seres más inocentes que un corderillo!

A medida que corren las horas, se van enterando del "caso" las amistades de los "héroes".

Estos ya se hallan en sus domicilios respectivos. Lizzie, que tiene la cabeza turbadísima, deja que tía Sara, entre reproche y reproche, la cure.

Dick, que no vive de miedo en espera de conocer cómo le sentará a su costilla la "noticia", maldice

el ponche y su borrachera. A poco, le cae el "gordo". Gertrudis se encarga de la suerte. Se presenta a él, a mitad embadurnado de cremas su rostro, y, mostrándole el periódico, profiere contra él una serie de calificativos capaz de quitar el hipo al más pintado. Y la remata así:

—Muy bien, pero muy bien. Ya sospechaba yo de usted. Ahora sé lo que debo hacer. Debía caerle a usted la cara de vergüenza.

—Gertrudis... mujercita mía... permite que te explique todo...

—No tiene usted que explicarme nada... ¡Aquí está la narración de su repugnante aventura!

—No hagas caso de lo que diga ese papelote. Atiende a tu marido y tú misma juzgarás.

—Es mejor que se calle usted.

—Haz el favor de escucharme... y tutéame, vida mía.

—¡Basta! ¡Ahora estoy segura de que no es la primera vez que pasa usted la noche fuera de casa!

—¡Es falso!

—¡Todo verdad! ¡Sí! ¡Mientras yo me veía obligada a salir sola diciendo a todo el mundo que mi marido prefería quedarse en casa con su radiománia, seguramente usted se iba de picos pardos con alguna mujerzuela!...

—¡Te digo que no!

—... ¡Y ahora no seré más que el hazmerreír de todas nuestras amistades!

—Por lo que más quieras, Gertrudis, escúchame. ¡Debes escucharme! Te lo suplico.

—¡Váyase usted con su... Julieta, y yo me marcho a casa de mi madre!

—¡Ay, ay, ay, Dick! ¡En buena té ha metido tu excesiva libación de anoche!

En el hogar de Lizzie no se desarrollaba análoga escena, pues la muchacha no tenía un marido que, como Gertrudis, pudiera poner el grito en el cielo, pero algo ocurría también.

El señor Joshua Pember, el padre de la cándida *Julietta*, que ausente de la ciudad había llegado a su casa llamado con urgencia, sermonea de lo lindo a su hija, por pura fórmula, pues por la declaración de la cuñada ha deducido su más completa inocencia, así como la de Dick, a quien no cree capaz de matar un vulgar mosquito.

Como el señor Joshua es un hombre práctico, hace alternar su reconvención con sus tiernos cuidados, secundando así a la tía Sara en el intento de librar a Lizzie de su horrible jaqueca.

—Estoy terriblemente avergonzada de mí misma... Querría morir. Nunca más me atreveré a presentarme ante nadie. Papá, por favor, llévame a donde no pueda ver más ninguna cara conocida—dice agitadísima Lizzie.

El señor Joshua, que había estado pensando en ello, contesta favorablemente.

—Mañana me embarco para Europa... Vendrás conmigo... A la vuelta nadie se acordará de nada.

—Gracias, papá.

Pero en este momento suena el timbre del teléfono. El señor Joshua se pone al aparato y recibe una comunicación para su hija, a quien se la transmite:

—Freddy Brown pregunta si aceptas ir a almorzar con él... En seguida vendrá a invitarte personalmente.

—¡Oh, amable Freddy!—exclama Lizzie animándose—. Fué el único que anoche me prestó unos momentos de atención.

Antes de acabar Lizzie la frase, un criado le entrega una tarjeta, en la que ella lee:

*¿Querrá usted ir conmigo a tomar el te de las cinco? Antes de mediodía pasaré por su casa para saber su decisión.*

BILLY.

—¡Billy también!—dice Lizzie encantada—. Otro amigo leal que demuestra serlo en un momento de prueba.

Vuelve a sonar el timbre del teléfono. Esta vez Lizzie se apodera del auricular y con sorpresa oye lo que le dice una amiga en su propio nombre y en el de otras tres conocidas.

—Lizzie... nos ha emocionado tu aventura. Dentro de un instante iremos a tu casa, pues queremos estar a tu lado para consolarte.

Lizzie, cada vez más perpleja ante tantas demostraciones de amistad, se siente menos enferma...

No cesan aquí las sorpresas, pues el criado no da abasto para traer a la *Julietta* de la novela en boga, los regalos que sus autores se olvidaron de hacerle la víspera con motivo de su presentación en sociedad, y los ramos de flores con la indispensable tarjeta con cuatro rebuscados elogios.

—¿¿¿Para mí??—pregunta Lizzie en la cumbre del asombro.

A la misma hora, en el "*Carlton Club*", Dick es recibido con chanza por sus amigos, enterados de la aventura.

—¡Nos la has dado con queso, viejo zorro!—dice uno de ellos.

—Oye, Dick, ¿nos ayudarás a organizar una salida que preparemos para esta noche?

—Dejadme en paz. Os ruego que no me habléis de ese desgraciado asunto. Ayer no debí haberme



levantado de la cama en todo el día. Mil veces habría preferido un cólico al percañe que me ocurrió por la noche.

—No nos vengas con rodeos. Probado está que eres un sujeto peligroso que de hoy en adelante se disputarán todas las mujeres.

—¿Sí, eh? ¡Chorizos!

A lo que Dick había ido al *Club* no era a que sus amigos le hicieran objeto de sus chirimotas, sino a hablar con un primo hermano de su mujer, Roberto Andrew, que debía su posición social a una brillante carrera en el foro.

No tarda en verle allí, y aislándose con él, lo pone al corriente del grave aprieto en que se encuentra.

—Roberto, necesito tu ayuda. ¡Mi mujer me ha abandonado!

—Lo sabía... Acabo de separarme de ella, que me llamó para arreglar contigo todo lo referente al... divorcio.

—¡Pero esto es ridículo!... ¿Quién no ha bebido alguna vez?

—Y... ¿quién es la que retrataron contigo?

—Lizzie Pember... la cosa más insignificante e inocente del mundo.

—Claro... ¡Qué otra cosa vas tú a decir!

—¡Si tú conocieras a Lizzie, no vacilarías en creermelo! Se trata de una muchacha que ha sido educada a la antigua usanza por una tía solterona y severa en el hogar más tranquilo y encantador que puedas figurarte.

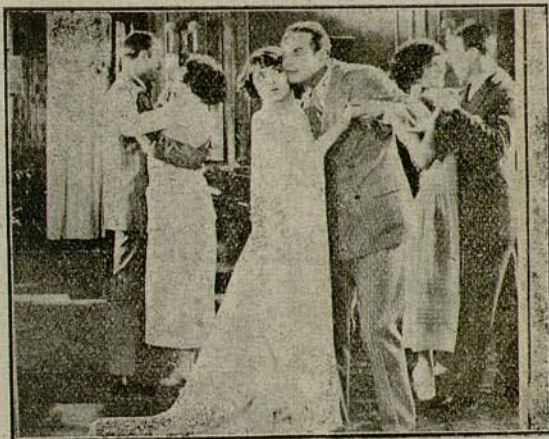
—¿Tú crees que ella querrá ir a ver a Gertrudis o hablarle por teléfono para explicarle todo?

—Yo creo que sí... aunque es posible que esté tan avergonzada que no quiera oír hablar del asunto.

—Vayamos a verla, y veremos de enderezar rápidamente la mala interpretación que tú estás convencido de poder demostrar.

\*\*\*

En casa de Lizzie hay varios leales amigos que



*Freddy es el joven que parece más entusiasmado con ella...*

han ido a "consolarla".

La ingenua muchacha no ha caído aún en la cuenta de que esos amigos no son más que unos hipócritas. Los hombres buscan en ella la conquista fácil. Las mujeres la satisfacción de enterarse de todos los pormenores del asunto.



*Como el señor Joshua es un hombre práctico, hace alternar su reconvención con sus tiernos cuidados...*

Freddy es el joven que parece más entusiasmado con ella, y al improvisarse un poco de baileto, se encarga de iniciarla en el arte de Terpsícore, pegando su rostro al de ella.

A Lizzie no le parece bien esa unión de mejillas, pero en la ignorancia de que sea o no sea el último grito de la moda, deja hacer...

Tía Sara, que ha ido viendo llegar a jóvenes y muchachas para dar fe de amistad a Lizzie, habla preocupada con su hermano, el padre de ésta.

—No me inspira mucha confianza tanto visítoe, Joshua... Cada uno de ellos, como cosa convenida fácilmente, ha venido para invitarla a un te, un almuerzo... o algo por el estilo.

—Déjala, mi buena Sara, un rato con ellos... Ya veremos cómo se desenvuelve esto.

Pero tía Sara, apenas desaparece su hermano, llama a Lizzie.

—Me parece conveniente que te excuses por tu locura de ayer y vayas a preparar tu equipaje, si es que emprendes el viaje mañana con tu padre—le dice.

—Ya no quiero ir de viaje, tía... Acabo de descubrir qué clase de mujer debo ser para que me admiren los hombres—replica Lizzie con alegría.

—Bien, quédate, pues, conmigo, pero cuando menos vé a ponerte un vestido decente.

—¿Un vestido más largo y cerrado que este? No quieras imponerme aún tus gustos en el vestir. Deja que me rija por mí misma en tal sentido. Y ya verás cómo esto se anima extraordinariamente.

—Te advierto que no me podré jamás avenir a ciertas tolerancias.

—No temas, viejita mía. Lizzie sabe lo que hace.

Mientras ésta ha ido a su habitación *para cambiar de traje*, llegan a la casa Dick y Roberto.

—¿Es este el hogar tranquilo y encantado, dirigido por una tía solterona y severa?—pregunta a Dick el abogado, sorprendido de ver lo malparada que queda la seriedad con la actitud de las parejas entregadas al placer de la danza.

Dick no sabe qué contestar, pues ha sido el primero en dudar que lo que ve sea cierto.

Intenta justificar con buenos pretextos esa inesperada reunión, pero aquí aparece ante ellos Lizzie completamente transformada, absolutamente modernizada, tanto, que Dick se resiste a presentarla a Roberto como *la cosa más insignificante e inocente del mundo*.

En realidad: con el cabello corto—operación efectuada por su doncella—, y una *toilette* ligerita, Lizzie es el modelo de la niña coqueta de salón.

Casi atragantado Dick hace la presentación.

—La señorita Lizzie Pember, a quien lamento en el alma haber comprometido en mi estúpida aventura de anoche... El señor Roberto Andrew, primo de mi esposa y al propio tiempo su abogado.

—Señorita...

—Tanto gusto, señor...

Roberto, a quien Lizzie ha causado mala impresión, va recto al asunto por el que ha aceptado conocerla.

—Señorita Pember... referente al asunto de anoche...

—¿No lo halla usted encantador, aunque Dick tenga sus escrúpulos?... ¡Es lo más emocionante que me ha ocurrido en la vida!

—(Encantado... verdaderamente encantado... *La cosa más insignificante e inocente del mundo*, chi-

co)—asiente Roberto aparte al estupefacto Dick.

Luego comenta, delante de los culpables, para ver el efecto que sus palabras producirán en ellos:

—¡Desgraciada Gertrudis! Me parece que este asunto es algo más serio de lo que me figuraba.

Lizzie, a quien, por el contrario, Roberto le gusta una barbaridad, coquetea en exceso con él, pues todavía no sabe hacerlo con "cordura", y le responde resueltamente:

—Usted no dejará de comprender que Gertrudis tiene ya sus años... y vive ya algo a la antigua a pesar de sus afeites.

—¿Y si yo le dijera que mi prima me ha encargado de entablar el divorcio?

—¿El divorcio, Dick?

—Sí, Lizzie, sí.

—Esto no creí yo que pudiera llegar. Sin embargo, si consiguiese hablar con ella, estoy segura de que la convencería de lo absurdo de su propósito.

—Voy a llamarla por teléfono.

Así lo hace Roberto, en tanto que Lizzie le pregunta a Dick si aquél está casado y se entera de que no.

—¡Soltero! ¡Oh, con lo que a mí me gusta!

—Señorita, mi prima está en el aparato—le dice Roberto a Lizzie.

La coqueta coge el auricular confiada.

—Oiga, Gertruditas...

—Llámeme usted por ahora, jovencita, señora Trayler... Sé hacerme respetar aunque usted no quiera reconocerlo—le responde la "ofendida" esposa.

—¡Por Dios, amiga mía!... Si no me permite que le explique...

—¡No quiero discutir con usted! Me ha hecho servir de hazmerreír, pero su nombre quedará más bajo que el mío!

Cesa aquí la conversación.

Lizzie, apesarada, comunica la derrota sufrida por ella.

—Lo ha tomado por el lado serio, Dick. No puedo hacer nada para ayudarle... ¡nada!

Roberto añade:

—Esto llegará hasta el fin si no hallamos un camino rápido para arreglarlo.

—Es preciso encontrar un medio para que la cosa no siga adelante—dice Dick, preocupadísimo.

Lizzie medita... se acoge a una idea, y atrevida la expone como la misma solución.

—Me parece que Gertrudis obra únicamente impulsada por los celos. ¿Y si yo fingiese amar a otro?

—Eso está muy bien pensado—opina Dick.

—¿Amar a... otro marido?—pregunta Roberto.

—Yo me refiero a alguien con el cual ella me tuviera absoluta confianza... alguien parecido... a usted.

—¿Cómo? A esas cosas no me avengo yo, señorita.

—Usted es su primo... su abogado, y ella cree en usted en absoluto. Por lo tanto, si logramos convencerla de que es usted el hombre a quien ama... le presta un gran servicio.

—Hazlo por mi felicidad con Gertrudis, Roberto—le suplica Dick.

—Hágalo usted en interés de todos, señor abogado—insiste Lizzie.

Y le ha pedido ésta de tal manera a Roberto que haga el "sacrificio" que se le propone, que al fin él no puede por menos de aceptar.

Así pues, como Gertrudis ha sido citada por Roberto en su despacho, el abogado se dispone a marcharse de casa de Lizzie. Mas ésta no le deja ir solo.

—¡Yo voy con usted! Cuanto antes me vea Gertrudis en su compañía, mejor—escoge como excusa.

Roberto quisiera negarse, pero no puede.

Dick sale con ellos y los tres llegan en "auto" frente a la oficina de Roberto.

Dick se apea el primero a fin de que si Gertrudis llegase en aquel momento no le viese con el abogado.

Apenas el pobre marido se halla en la acera de la calle, ve a su mujer en su "auto" y hace una seña a Lizzie y a Roberto.

—Dick nos avisa la presencia de Gertrudis, cuyo "auto" acaba de detenerse detrás del de usted. Esta farsa parecería más real si usted quisiera olvidar la cita con ella... y nos fuéramos a pasear en su coche—dice Lizzie a Roberto.

El consejo ha debido parecerle bueno al abogado, pues lo sigue sin hacerse de rogar.

Dick aprovecha esa circunstancia para abrir la portezuela del automóvil de su mujer y decirle a ésta, buscándole conversación:

—Roberto y Lizzie son *muy amigos* desde hace tiempo... ¿No lo sabías?

—No puedo creer nada de lo que *usted* me diga.

Por su parte, Lizzie, enamorada de Roberto, recurre a un buen subterfugio para acercarse lo más posible a él.

—Me parece que Gertrudis quiere estar bien convencida de que usted me quiere... ¡Viene detrás de nosotros! Haga usted ver que me abraza,

\*  
\*\*

Han pasado varias semanas. Los esposos Trayler no se han reconciliado y Lizzie sigue representando el papel que se ha impuesto.

Gertrudis, que vive con su madre, lee este suelto que se refiere a Lizzie:

#### NOTAS DE SOCIEDAD

*Una de las muchachas que últimamente han sido presentadas en sociedad, lleva tras de sí a todo el elemento joven. Su más constante admirador es un conocido abogado a quien encargó cierta elegante dama la gestión de su divorcio.*

*La bella muchacha parece no mostrarse indiferente a las atenciones del joven juriscónsul. Entretanto el divorcio no adelanta un paso.*

Enojada, Gertrudis se lamenta a su madre.

—Mamá, hace ya seis semanas que encargué a Roberto la tramitación de mi divorcio y todo lo que ha hecho es "flirtar" de una manera descarada con esa coquetuela. Es una humillación... Como ellos estarán esta noche seguramente en el baile ambulante de los Bartlett... ¡no iré!

—Pues es preciso que vayas. Así podrás demostrar públicamente tu desprecio por esa mujer y hacer presente a Roberto que no estás dispuesta a tolerar su modo de proceder.

Tía Sara se pasma cada día más de la nueva existencia de Lizzie y le prodiga sus consejos.

—Lizzie, hija mía, con lo que estás haciendo, ¿a dónde irás a parar?

—Tía Sara, creo que voy hacia la felicidad.

—Colores que no son los naturales... una vida que tampoco es natural... y una manera de proceder que te conducirá seguramente a sacrificar tu independencia a un cazador de dotes.

—Tía, usted no me entiende, no puede entenderme. Amo a un hombre... y él quiere aparentar indiferencia. Todo lo hago para atraérmelo. Pero cuando sea mío, se habrá acabado la alegría del "jazz", los "cocktails", los egipcios. ¡Aborrezco tanto todas esas cosas!

Los señores Barlett, con su casa ambulante, habían hallado el sistema de celebrar sus elegantes bailes donde se les antojara.

Lizzie asiste a la fiesta, en compañía de Roberto, claro está.

Freddy y varios jóvenes más se ofrecen a bailar con ella, y con todos coquetea la muchacha... para que el abogado rabie.

Gertrudis también se halla en la "soirée"... y asimismo Dick, que ansía la reconciliación con su mujer.

Gertrudis logra que Roberto le dedique unos instantes y le censura su conducta.

—Roberto, ¿es posible que te hayas dejado fascinar por esa niña gótica? ¿Y mi asunto? Prefieres ocuparte de ella, ¿no es verdad?

—Pero Gertrudis... no comprendes...

—¿Niegas acaso que te interesa esa chícuela?

—No puedo disimularle que la señorita Pember me inspira una rara curiosidad... pero mis asuntos no se resienten de ello.

—El mío sí. Los periódicos hablan más de la cuenta y me han hecho aparecer a los ojos de todos

como una loca despechada... ¡y todo por esa chiquilla coqueta y caprichosa!

—Te equivocas, Gertrudis. No creo que Lizzie Pember sea coqueta ni caprichosa.

Lizzie y Dick han escuchado atentos el diálogo de Roberto y Gertrudis.

Al oír Lizzie que el abogado no la considera nada



... con todos coquetea la muchacha... para que el abogado rabie.

de lo que ella pretende ser, se propone demostrarle lo contrario en lo que resta de noche.

Y si antes coqueteaba, ahora su coquetería con otros hombres en las propias barbas de Roberto, es algo fantástico.

A la tristeza de Dick ha venido a añadirse una

nueva desagradable aventura: una obesa señorita, que sueña con ser raptada, se dirige a él en mitad de un baile y se ofrece a ser su parejita.

Dick suda el kilo con su encantadora conquista de peso, y es sólo después de haber perdido tres o cuatro kilos más que logra escapar de la *insoponible* tía.



*Lizzie y Dick han escuchado atentos...*

Gertrudis sigue negándose a hablar con su marido y el pobre Dick se consume de pena.

Una locura de Lizzie ha puesto en pésimo estado su vestido de "soirée", y ha tenido que cambiarlo por uno de los de la hija de la señora Barlett, el cual, por cierto, le sienta a maravilla.

Prueba de ello es que Roberto, al verla ataxiada

con él, la contempla como nunca lo hiciera. Decididamente, Lizzie le agrada.

Lizzie ha visto a Gertrudis en una habitación inmediata a la en que ella y Roberto se hallan, e intencionadamente dice al abogado:

—Gertrudis está allí... Hágame usted el amor... y haremos una caridad al pobre Dick.



*Dick suda el kilo con su encantadora conquista de peso...*

Roberto se resiste. Lizzie no cede en su empeño... por la salvación de Dick y algo más, y, finalmente, aquél no puede contener más sus verdaderos sentimientos.

—No puedo, Lizzie... no me obligue usted a decir lo que no *debiera* ser.

—Dígalo, Roberto. ¡Yo le amo tanto!

—¡Oh, Lizzie, yo también la amo!

Suena un beso.

Gertrudis lo ha oído y lo ha visto por sus propios ojos.

Y como es oír y es ver bastante, cambia de opinión acerca de su marido, en cuya tristeza ha visto



—Dígalo, Roberto. ¡Yo le amo tanto!

su inocencia, y llega el arreglo... Y por fin Dick puede dormir tranquilamente (ese es todo su trabajo. ¡Santa Inocencia!)

Después de esa amorosa escena, Lizzie, como si representara en realidad una comedia en la que no tuviera ninguna relación su corazón, se "enfria" al marcharse Gertrudis de aquella habitación desde

donde podía verla con Roberto, pero su "enfriamiento" no tiene otro fin que el de provocar el "incendio" del abogado, pues no sería de buen tono que ella misma fuera la que se le declarase de verdad.

Roberto no se da por aludido, y de nuevo recurre Lizzie a provocarle celos coqueteando con otros jóvenes... hasta que, a solas con él, siéntese cogida en sus brazos y besada con delirio.

—¡La amo, Lizzie... pero al propio tiempo la odio! ¡Y me odio a mí mismo por amar a usted que es la mujer más a propósito para hacer infeliz a un hombre como yo! Yo siempre soñé en una mujer sencilla, amable, que prefiriera la alegría del hogar al bullicio de las fiestas mundanas, en una palabra, ¡que no fuera una coqueta como usted! ¡A todos los hombres como yo, les gustará su belleza de mujer... pero ninguno la querrá por esposa!

¡Las mujeres como usted deben tener amantes... y no casarse jamás! ¡Usted necesita un hombre que la haga reír y gozar mientras hunde en el lodo los encantos del alma femenina que como tesoros sin par debe guardar toda mujer!

Lizzie, dolorida, se defiende con ahínco.

—Cuando una mujer sigue los principios en los que ha sido educada desde su infancia, ningún hombre fija su atención en ella... es demasiado sosa... demasiado inocente...; pero cuando intentamos parecernos a esa clase de mujeres que tanto atraen a los hombres... entonces, somos muñecas de placer, pero jamás esposas dignas. ¡Queréis arrastrarnos hacia el fango, pero nos despreciáis si nos hundimos en él!... ¡Queréis que bebamos para divertirnos, pero os repugna si bebemos demasiado!... ¡Queréis, para vuestro goce, que la mujer sea



libre, pero negájs toda libertad a la mujer! ;De-señájs que las mujeres os den todo... pero no queréis demostrar gratitud por nada! ;;Váyase!!

Roberto, cortado por las vehementes protestas de Lizzie, la sigue hasta su casa, al llegar a la cual después de haberlo hecho ella, tía Sara le sale al encuentro.

—Señor Roberto, ¿querría explicarme por qué ha tenido usted fuera de su casa a mi sobrina hasta las tres de la mañana y qué es lo que le ha provocado ese ataque de histerismo?

—Lizzie se ha disgustado conmigo, señora.

—Lo supuse. Antes de conocer a usted, Lizzie era una muchacha dulce, modesta, de su casa... Ahora no sueña más que en beber "cocktails", fumar egipcios, bailar escandalosamente... ; todo desde que usted se cruzó en su camino!

—;Jamás hizo esas cosas conmigo!

—Pero usted tiene la culpa de que las haga. ;Ella odia la vida de bullicio mundano, pero creyó que era el único camino a seguir para vencer la indiferencia que usted le demostraba!

—;De veras hizo todo eso por mí, sólo por mí? Lo llegué a creer... mas pronto rechacé ese pensamiento creyéndolo absurdo. ;Quiero verla, señora! ;Quiero que sepa lo que ella representa para mí!

—;Mírela! ;Pobrecilla!

Roberto, arrepentido de su error, se reúne con Lizzie, que lloraba en el suelo donde cayó vencida por el dolor, y le suplica que le perdone.

—;Usted no sabe el mal que me ha hecho con sus palabras!

—;Perdóneme! Hasta hoy fui tan torpe, que no supe comprenderla.

Lizzie olvida el pasado para sonreír al feliz futuro.

Roberto acerca sus labios a los de Lizzie para besarlos, mas ella los rechaza.

—No... aun no estamos prometidos.

El abogado comprende y remata la novela.

—Lizzie, mi más dulce bien... ¿quieres ser mi esposa?

—Sí, Roberto... Ahora ya puedes besarme.

Y se besan los dos a un tiempo.

Es un buen principio...

FIN

Prohibida la reproducción.

---

Este número ha sido sometido a la previa censura militar

---

LEA USTED LA INTERESANTE NOVELA  
**LA BARRACA DE LOS MONSTRUOS**

publicada en el sexto libro de la  
Colección de Obras Maestras

de  
LA NOVELA SEMANAL  
CINEMATOGRAFICA

---

No deje de leer el anuncio del próximo número inserto en la página posterior.

PRÓXIMO NÚMERO:

La emocionante obra de tesis dedicada  
a la mujer moderna

# Lo que cuesta la hermosura

Magistral interpretación de  
la famosa «star»

**Betty R. Clarke**

(La mujer hermosa que  
sabe vestir)

Es una

**“Presentación del Ciec”**

Postal-fotografía-regalo:

**HENRI KRAUSS**

Precio: 25 céntimos

La Novela Semanal Cinematográfica  
Sale todos los miércoles en toda España.

